

DOMINGO 3º DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 20, 1-17): *Yo soy el Señor, tu Dios.*

Salmo (18, 8.9.10.11): *«Señor, tú tienes palabras de vida eterna»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 22-25): *Nosotros predicamos a Cristo crucificado.*

Evangelio (Juan 2, 13-25): *No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.*

*Cuando Jesús llega al Templo y encuentra a todos aquellos vendedores de animales para los sacrificios, cambistas de monedas con grandes intereses, o sea, usureros, su reacción es tremendamente humana, es hacer un látigo con cuerdas y echar a todos, espantando los animales y volcando las mesas de los usureros: «**Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado**». Lo que está haciendo es echar del Templo a aquellos que vienen a servirse de él, a aquellos que se sirven de la fe y no son servidores de la fe. O sea, a aquellos que vienen a servirse de la religión, que la tergiversan para utilizarla en beneficio propio.*

Esta actitud radical de Jesús con aquellos mercaderes que se aprovechaban de la fe de Israel, la vemos hoy y nos parece perfecta. Pero quizás no nos hemos planteado del todo si no tenemos, también hoy, mercaderes en nuestros templos, porque, ¿no somos mercaderes los cristianos que vamos habitualmente a las celebraciones y no nos comprometemos para nada en la misión evangelizadora de la Iglesia?

Pero todavía es peor, son mercaderes aquellos que, llamándose católicos, ostentan poderes públicos para abusar del débil y enriquecerse a costa de los demás, especialmente de los más desfavorecidos. Esto no pueden hacerlo de ninguna manera aquellos que se llaman cristianos, o sea seguidores de Aquel que no vino a ser servido sino a servir, que vino a dar la vida por todos y que nos mandó lavarnos los pies unos a otros; los que así actúan no son cristianos sino mercaderes del templo.

También nos convertimos en mercaderes cuando somos infieles al Evangelio; cuando nos dedicamos a juzgar y condenar a los demás, olvidando que Dios es clemente y misericordioso y solo los misericordiosos alcanzarán misericordia. Por todo ello procuremos ser fieles testigos del Evangelio para no convertirnos en mercaderes que nos veamos expulsados a latigazos de la casa del Padre.

Vamos avanzando en nuestro itinerario cuaresmal, en nuestro camino hacia la Pascua. Es un camino marcado por el cambio profundo de vida y de actitudes: por la conversión, y esto es así porque la Cuaresma es el tiempo propicio para recordar nuestro bautismo que renovaremos en la noche santa de la Pascua. Antiguamente la Cuaresma era el tiempo en el que los catecúmenos se preparaban para recibir el bautismo; hoy, la Iglesia se prepara también, a lo largo de la Cuaresma, para renovar el bautismo y esto lo hacemos, domingo a domingo, a la luz de la Palabra de Dios que proclamamos en la liturgia.

Por eso, en este tiempo de preparación para la renovación bautismal, tenemos que tomar conciencia, nuevamente, de que hemos sido incorporados a Cristo, por el bautismo y que esto implica el compromiso de ser testigos del Resucitado allá donde vayamos. No con la fuerza de los hombres, sino con la sabiduría de Dios, pues, si por el bautismo hemos sido incorporados a la muerte y resurrección de Jesucristo, tendremos que seguir a Jesús tomando la cruz cada día para ser incorporados a la gloria de la Resurrección.

La primera lectura nos recuerda la Alianza que Dios establece con su pueblo. Aquí se presenta como el único Dios y Señor de Israel. Dios se compromete, por esta Alianza a velar por su pueblo, a cuidar de él, a la vez que el pueblo se compromete a ser fiel a Dios a través del cumplimiento de las cláusulas de la Alianza. Esta Alianza supone situar al hombre en el centro del corazón de Dios, de tal manera que un atentado contra el prójimo es un atentado contra Dios.

Esta cercanía entre Dios y el hombre alcanza su plenitud en la nueva y definitiva Alianza, donde Dios ya no dirigirá a su pueblo las “diez palabras” que establecen el código de la Alianza, sino que será su misma Palabra la que se hace carne entre la carne, hombre entre los hombres y así el Hijo de Dios, al hacer suya la carne pecadora de Adán, establece el puente definitivo entre Dios y el hombre en una nueva Alianza que no estará ya sujeta a lugares determinados ni legalismos estériles, sino por el amor.

Por eso el antiguo Templo es inútil, es el símbolo de una religión vacía de contenido y no importa destruirlo, al tercer día surgirá el nuevo Templo, la morada definitiva de Dios con los hombres. El cuerpo glorioso de Cristo resucitado, unido a sus miembros, formará el Nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia que surge de una Alianza nueva sellada con la sangre del único cordero de Dios que quita el pecado del mundo.